

DE LA IMPOTENCIA A LA ACCIÓN POSIBLE: Reflexiones en torno a un nuevo pacto social

Sebastián Kaufmann Salinas*

Doctor en Filosofía; Vicerrector de Integración, Universidad Alberto Hurtado.

La acción es fundamental para el desarrollo de una vida humana. Por muy obvia que parezca, la acción es frágil y puede fácilmente trabarse. Hoy en Chile experimentamos dificultades para la acción común, lo que se traduce en que nos cuesta articular proyectos colectivos.

Nuevos símbolos que nos permitan reconocernos, una mejor distribución del poder, volver a confiar en las instituciones y seguir sanando las heridas del pasado: tareas importantes para recuperar nuestra capacidad de acción como sociedad.



Una de las características más definitorias de lo humano es la capacidad de actuar tanto personal como colectiva. La acción personal permite la comunicación y la posibilidad de construir una vida. La acción colectiva hace posible la comunidad y la convivencia. Una lectura posible del momento actual del país es que vivimos tiempos de *impotencia*. Una impotencia personal en todos aquellos que sienten que no es posible desarrollar sus vidas de la manera que quisieran, ya sea por limitaciones personales o por falta de oportunidades. Pero, sobre todo, experimentamos una cierta impotencia social. Nuestra capacidad de construir acuerdos, de sentirnos reconocidos en normas sociales respetadas y vinculantes para todos, y de mirar al pasado y al futuro con un diagnóstico relativamente común, se ha vuelto particularmente difícil.

Si la situación actual se puede mirar desde una cierta *impotencia colectiva*, entonces vale la pena detenernos en la acción humana y preguntarnos qué la hace frágil y qué la vuelve posible. La impotencia social que experimentamos se puede explicar a partir de ciertas fragilidades propias de la acción que, en el momento actual de nuestro país, se han vuelto particularmente patentes. La reflexión sobre dichas fragilidades nos puede ayudar a pensar modos de ir superando las impotencias que nos aquejan.

LA IMPOTENCIA SIMBÓLICA

En Chile vivimos, en primer lugar, una cierta impotencia simbólica, marcada por la dificultad de grupos de encontrar recursos simbólicos para articular su acción. Por ejemplo, el mundo indígena no se siente reconocido en aspectos de la cultura chilena y grupos importantes de jóvenes se sienten excluidos del sistema al no lograr reconocerse en los códigos dominantes. Si bien es cierto que vivimos en una sociedad pluralista, los códigos de reconocimiento son muy monolíticos y transitan por una estrecha senda monopolizada por ciertos modelos de éxito y eficiencia. Entonces, muchos se sienten literalmente impotentes, incapaces de actuar efectivamente en un universo simbólico que les es extraño.

Esta impotencia simbólica se puede explicar como una expresión de la fragilidad simbólica de toda acción. Como muchos fenómenos en la vida, nos cuesta tomar conciencia de la complejidad de la acción. Ella parece estar hecha de una textura física: caminamos, saludamos, corremos. Pero no cabe duda de que la acción es mucho más que un movimiento físico. Si

Chile tiene una enorme deuda de reconocimiento. La nueva Constitución, por ejemplo, debiera ser una gran oportunidad para construir un espacio público más plural y más acogedor con las minorías.

El perdón, si bien no revierte el tiempo y no borra lo hecho, permite que la falta no dañe irremediablemente las relaciones y la capacidad de actuar del ofendido y del ofensor.

nos detenemos en algo tan simple como el hecho de saludar, veremos que la acción no se puede explicar sin aludir a su estructura simbólica. De esa manera, el alzar el brazo puede ser interpretado como saludar, votar o parar un taxi, dependiendo del contexto y de los códigos culturales en los que dicho movimiento se desenvuelve¹. Si le quitamos a la acción sus significados culturales, nos quedamos con un movimiento vacío. Sin una red simbólica, no hay acción humana. Esta naturaleza simbólica, al mismo tiempo que hace posible la acción, la vuelve frágil. Para actuar es necesario tener competencias simbólicas, es decir, conocer los códigos de una determinada sociedad. Los códigos culturales, en general, son manejados por los grupos dominantes. Entonces, difícilmente podrán participar de dichos códigos quienes estén marginados. Su universo simbólico probablemente será minusvalorado, silenciado o incomprendido, como sucede en Chile con numerosos grupos que se sienten impotentes y excluidos de la esfera de las decisiones.

LA IMPOTENCIA DE LA DESIGUALDAD

Una segunda impotencia es aquella experimentada por aquellos que se sienten particularmente vulnerables frente a la acción de otros, especialmente ante quienes detentan el poder. Lo vemos en los conflictos regionales, en quienes no pueden competir en una sociedad de mercado y, en general, en las frustraciones que sentimos frente a estructuras que hacen posible los abusos.

Esta impotencia producida por la desigualdad, bien se puede explicar como una expresión de la fragilidad de la acción causada por su naturaleza asimétrica. Hannah Arendt nos recuerda que por cada agente hay un paciente², es decir, detrás de cada persona que actúa, alguien padece dicha acción, lo que produce un desequilibrio natural. Dicho desequilibrio se agudiza cuando se da en un contexto de relaciones desiguales. La acción tiene un potencial destructivo. La historia humana está sembrada de víctimas de las acciones de otros. Los totalitarismos, por ejemplo, nos muestran cómo muchas veces la humanidad se ha obsesionado por la capacidad transformadora de la acción, sin reparar suficientemente en quienes han padecido esos experimentos sociales. Al mismo tiempo, la acción puede bloquear e impedir la acción de otros. El drama de las víctimas no es que solamente sufren en un momento, sino que generalmente su capacidad de actuar queda seriamente dañada,

^{*} Este artículo es parte del Proyecto Fondecyt N° 1140997.

¹ Cfr. Ricoeur, P. (1995). *Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico* (A. Neira, Trad.). México: Siglo XXI, p. 125.

² Arendt, H. (2009). *La condición humana* (R. Gil, Trad.). Barcelona: Paidós, p. 214.

En Chile, si bien se ha hecho bastante en términos de reparación, da la impresión de que el pasado nos sigue inmovilizando.

como se constata en los efectos de los traumas. Lo anterior se expresa bien en nuestra sociedad, donde las desigualdades no son solo materiales, sino donde la misma capacidad de actuar y desenvolverse en el mundo está desigualmente repartida.

LA IMPOTENCIA DE LA ACCIÓN PASADA Y FUTURA

Una tercera impotencia que experimentamos como sociedad está dada por el lastre de un pasado traumático que nos hace difícil construir un destino común. Al mismo tiempo, nos encontramos con una enorme dificultad para confiar en otros y en las instituciones.

Estas impotencias se pueden explicar como una expresión de la fragilidad temporal de la acción. Tanto el pasado como el futuro amenazan la acción. El tiempo no se puede volver atrás y por lo tanto, lo hecho, hecho está. Esta irreversibilidad de la acción, junto con mostrar su seriedad e importancia, evidencia su fragilidad, pues los acontecimientos del pasado pueden entorpecer la acción futura. Lo que hicimos puede herir mortalmente la capacidad de actuar propia y ajena. El futuro, por su parte, amenaza la predictibilidad de las acciones. Por naturaleza, las acciones tienen un curso que no se puede anticipar totalmente. Así, fragilidad temporal de la acción se hace particularmente notoria en una sociedad como la nuestra donde hay importantes heridas no resueltas y mucha desconfianza.

LA ACCIÓN POSIBLE

Es interesante mirar nuestras impotencias colectivas como expresiones acentuadas de fragilidades constitutivas de la acción, particularmente porque frente a cada fragilidad es posible encontrar elementos que permiten en parte remediarla.

Así, frente a la impotencia simbólica, es posible pensar en una suerte de acogida simbólica. Frente a la impotencia colectiva producto de la desigualdad es posible disponer de una serie de caminos que nos recomienda la ética. Finalmente, frente a la impotencia que nos produce un pasado que nos traba y la desconfianza que nos dificulta contar con la acción de los demás, es posible acudir a la promesa y el perdón. A continuación, me detendré en cada uno de estos recursos.

La acogida simbólica. Dada la fragilidad que enfrentan miembros de una sociedad para articular simbólicamente su acción, ésta se fortalece en la medida en que sus culturas y formas de vida son reconocidas. Chile tiene una enorme deuda de reconocimiento. La nueva Constitución, por ejem-

plo, debiera ser una gran oportunidad para construir un espacio público más plural y más acogedor con las minorías. Si la Constitución está llamada a ser el hogar común, ella debe tener lugares donde todos puedan sentirse en casa. El desafío es construir un espacio público no monopolizado por elites que muchas veces son sectarias, cerradas y muy poco diversas.

Empatía, regla de oro y enfoque de las capacidades. La asimetría propia de la acción encuentra remedio en aquellas consideraciones éticas que tienden a equilibrar la desigualdad, por ejemplo, en la regla de oro. La pregunta si me gustaría que me hicieran lo que yo pretendo hacer a otros, me obliga a poner entre paréntesis mi posible supremacía absteniéndome de actuar arbitrariamente sobre otros. Al mismo tiempo, todos los esfuerzos para poner a las personas en posiciones de mayor igualdad, en definitiva, hacen posible la acción humana. En esta línea argumenta, por ejemplo, Martha Nussbaum, quien en su enfoque postula que la libertad se juega fundamentalmente en la capacidad de actuar a través del desarrollo de una serie de capacidades.

Hoy en Chile, una vez que se han satisfecho las necesidades mínimas de una parte considerable de la población, queda el desafío de instalar capacidades. El que hoy contemos con una ciudadanía más empoderada, capaz de movilizarse por sí misma en la defensa de sus derechos y de protestar ante la injusticia, es un signo prometedor de que podemos nivelar la cancha de modo de compensar la asimetría propia de la acción con una repartición más equitativa del poder.

Perdón y promesa. Finalmente, la fragilidad temporal de la acción, es decir, aquella producida por la irreversibilidad de lo hecho o por la impredecibilidad de la acción futura, encuentra un cierto remedio en dos instituciones fundamentales: el perdón y la promesa³. El perdón, si bien no revierte el tiempo y no borra lo hecho, permite que la falta no dañe irremediablemente las relaciones y la capacidad de actuar del ofendido y del ofensor. Cuando es efectivo, el perdón logra restaurar relaciones, recuperar la confianza en la capacidad de actuar del ofensor y puede devolverle la dignidad al ofendido, posibilitando su acción.

En cuanto a la fragilidad de la acción futura, la institución de la promesa viene a remediarla en parte. Así, la acción se fortalece pues es posible contar con ella. Es cierto que la historia está plagada de traiciones, pero también tenemos muchos casos donde la palabra se honra. En un mar de incertidumbre, las promesas creíbles trazan estelas predecibles que permiten la construcción de instituciones, el fortalecimiento de las confianzas y el poder actuar contando con que los demás cumplirán su parte.

En Chile, si bien se ha hecho bastante en términos de reparación, da la impresión de que el pasado nos sigue inmovilizando. Una de los efectos del perdón, para Ricoeur, es la posibilidad de separar al agente de su falta, de modo de poder decirle “tú

³ Arendt, H. (2009). *La condición humana* (R. Gil, Trad.). Barcelona: Paidós, p. 213.

eres mejor que tus acciones”. En nuestro país nos empeñamos por fijar a cada uno en relación a las posturas que tomó. Si bien tenemos que ser responsables de lo hecho, también es importante dar espacio a las personas para que puedan actuar de otra manera y demostrar que pueden “ser mejores que sus actos”. Si bien es cierto que el pasado a veces nos condena, no es menos cierto que el futuro nos puede redimir.

En cuanto al futuro, únicamente recuperaremos la confianza cuando podamos creerle a la palabra del otro y a nuestras instituciones. Todo lo que estamos haciendo en transparencia y probidad, sin duda, ayudará. Pero la palabra definitiva la tendrá el que las instituciones y los líderes demuestren con su consistencia y sus acciones que son confiables. Para creer al otro, tengo que saber que efectivamente puedo contar con su palabra.

HACIA UNA CIUDADANÍA CAPAZ

En momentos que discutimos sobre una nueva Constitución y que nos tratamos de hacer cargo de nuestros malestares, me parece importante preguntarnos cómo hacer la acción posible, cómo volvernos capaces. Estas consideraciones han pretendido aportar en esta reflexión.

Para superar nuestras impotencias, se vuelve imperioso entonces encontrar los recursos simbólicos necesarios para que distintas tradiciones, etnias y grupos sociales puedan sentirse protagonistas del destino común. En segundo lugar, se hace necesario encontrar la manera en que el poder se reparta más equitativamente, de modo de pasar de la concentración que permite la dominación, a lo que Arendt llama el poder en común. Finalmente, necesitamos reconciliarnos con nuestra historia de modo de que el pasado deje de ser una traba para la acción futura, al mismo tiempo que tenemos que construir confianzas que nos permitan contar con la acción del otro y creer en sus promesas.

Para lo anterior, el poder tener una nueva Constitución construida colectivamente puede ser una oportunidad para contar con un lugar desde donde podamos sentirnos reconocidos, vencer las asimetrías, distribuir mejor el poder, mirar sin traumas el pasado y construir instituciones confiables. Se trata de superar nuestras impotencias sociales y volvernos capaces de construir un futuro compartido. **MSJ**

En cuanto al futuro, únicamente recuperaremos la confianza cuando podamos creerle a la palabra del otro y a nuestras instituciones.

